

NATURALEZA HISTORICO-HERMENEUTICA DEL SABER PSICOANALITICO

Antonio Sánchez-Barranco Ruiz
Universidad de Sevilla

RESUMEN.

El doble aspecto del psicoanálisis (teoría y técnica) dificulta su fundamentación científica. En todo caso, se parte de la idea que mantiene que el psicoanálisis no sólo es una práctica, sino que está igualmente comprometido en construir teorías sobre la conducta humana, por lo que es indispensable plantear qué tipo de ciencia es. Al respecto se razona que se trata de un saber histórico-hermenéutico, delimitándose sus características definitorias. Por otro lado, dado que el instrumento básico de trabajo que el psicoanálisis maneja es la interpretación, se intenta abordar su sostén epistemológico.

SUMMARY.

The double aspect of psychoanalysis (theory and technic) difficulties its scientific fundamentation. Anyway we start from the idea that sustains that psychoanalysis is not only a practice, it is also equally compromised in constructing theories about human behavior, what makes it indispensable to introduce what type of science it is. In this respect it is thought that it is a historic-hermeneutic knowledge, delimitating its definitive characteristics. On the other side, realising that the basic works instrument psychoanalysis uses is interpretation, we try to approach into its epistemologic support.

1. SABER HISTORICO-HERMENÉUTICO DEL PSICOANALISIS.

La doble e inseparable cara del conocimiento psicoanalítico (por una parte teoría y por la otra técnica) dificulta enormemente su consideración epistemológica. En tal sentido, es muy común oponer, como indica Laplanche (1967), la faceta dada por lo estrictamente teórico a la que corresponde a sus aplicaciones, defendiendo algunos que la primera puede y debe ser incluida en el campo de las ciencias de la conducta, a la par que niegan la validez del psicoanálisis como práctica psicoterapéutica; frente a ello, otros mantienen que el psicoanálisis sólo posee un interés en cuanto técnica, concediéndole si acaso un hueco en el acervo de la cultura occidental.

Nosotros opinamos, en la línea que ha expresado Caparrós (1979), que aunque la doctrina psicoanalítica tenga sus últimas raíces en el terreno de una praxis, esto no implica en absoluto (como en ocasiones se ha sostenido desde perspectivas idiográficas e históricas) que sea un tipo de conocimiento sin otra pretensión que aliviar o curar un determinado caso de trastorno mental, dado que el psicoanálisis está igualmente comprometido en la investigación propiamente científica, proporcionando datos con los que construir generalizaciones y explicaciones, es decir, teorías sobre la conducta humana, yendo por consiguiente más allá de la mera aplicación de su saber y del establecimiento de un cuerpo de normas y reglas para ejercer su práctica y evaluar sus resultados.

Ahora bien, lo que ha de quedar claro desde el primer momento es que el asunto de la cientificidad del saber psicoanalítico no se resuelve desde posiciones positivistas, cualesquiera que ellas sean, ni tampoco forzando sus construcciones teóricas para que encajen en una empiria, pues ello supone ponerse de espaldas e ignorar la genuina naturaleza del objeto y del método psicoanalíticos: aunque el psicoanálisis posea, y así ocurre, una

serie de datos, conceptos, hipótesis y principios abordables por medio del patrón empírico, su saber se extraña de todo intento de validación por este camino (Ricoeur, 1965), debiendo transitarse por la vía histórico-hermenéutica para alcanzar dicha meta, a la que no hay por qué negar el "pan y la sal" de la cientificidad, pues la cuestión epistemológica sobre el dilema de ciencia-no ciencia debiera abordarse desde una visión tipológica, donde caben diversas formas de lograr conocimiento científico, cada una de ellas con características peculiares.

En cuanto al tipo de ciencia que es el psicoanálisis, estamos con Habermas (1965) cuando afirma que el psicoanálisis es una ciencia explícitamente hermenéutica que pretende comprender conjuntos de significados. Así mismo, aceptamos en gran parte la idea de Ricoeur (1965) que subraya que la esencia del psicoanálisis está en su carácter exegético, desarrollando su genuino trabajo en la búsqueda de relaciones de sentido entre los objetos sustituidos y los objetos originarios, y perdidos, de la pulsión, tratando, pues, de dar luz sobre la semántica del deseo. Igualmente nos identificamos con Lorenzer (1970), que insiste en que el psicoanálisis se libera expresamente de toda empiria contingente, persiguiendo la traducción de los símbolos de un sujeto concreto. Finalmente, asumimos con Mannoni (1971) que la labor del psicoanalista es la de reconstruir un texto perdido, cuya forma original debe inferirse a partir de un texto censurado e incluso falsificado.

Nuestro concreto posicionamiento es que el psicoanalista ha de enfrentarse a dos tareas complementarias: a) por un lado, la reconstrucción histórica del devenir del deseo pulsional en el campo de la fantasía, así como del conjunto de eventos significativos vividos en la realidad de las primeras interacciones infantiles (e incluso más actuales); y, b) unido a ello, ha de procurar la exégesis de dichas reconstrucciones históricas en base a su hermenéutica psicoanalítica, lo que aboca no sólo en la autocomprensión del significado inconsciente de la conducta manifiesta y en la cura, sino también en una genuina explicación de la conducta humana.

El psicoanalista parte, en todo caso, de la consideración del conflicto intrapsíquico de un individuo concreto, compromiso idiográfico que no se opone al objetivo nomotético de toda ciencia. Tal conflicto viene estructurado, como acabamos de expresar, por dos tipos generales de influencias: las dadas por ciertos eventos vividos por el sujeto (siendo particularmente importantes los acontecidos en las relaciones precoces con el objeto) y los simultáneos avatares de los deseos pulsionales activados en dichas interacciones. Este conjunto de elementos psicológicos es elaborado de una u otra forma por el aparato psíquico, originando una serie de rasgos caracteriales y conductuales, bien sanos, bien patológicos. Por consiguiente, el psicoanalista ha de ocuparse tanto de la reconstrucción histórica de los hechos más significativos, vividos en la realidad o en la fantasía por parte del analizado, como de la exégesis de todo ello con fines explicativos, autocomprensivos y terapéuticos.

En tanto estricto historiador, el psicoanalista se interesa por lo que sucedió en el pasado, enfocando los vestigios presentes y manifiestos en la conducta actual puesta en marcha por el proceso analítico (dando un lugar prioritario a unos elementos particulares, los fenómenos transferenciales). Entiende el psicoanalista que tales vestigios (que toman más importancia en tanto se van acumulando, tal como ocurre en el quehacer histórico, como manifiesta Gibson, 1959) son representantes de un material pretérito, sobre el que se han ocasionado alteraciones, deformaciones, borrados e incluso falsificaciones.

Contando con su imprescindible saber teórico, el psicoanalista trata de dar respuesta a una primera cuestión básica: ¿qué ocurrió? Actuando con una estrategia inductiva busca los hechos con los que acceder a lo inconsciente y a través del abordaje deductivo se plantea conjeturas a contrastar con los hallazgos manifiestos. Pero con ello no se

resuelve todo el compromiso científico y técnico del psicoanálisis, sino que se intenta esclarecer una segunda cuestión: ¿por qué ocurrió? En este instante se hace presente la tarea explicativo-comprensiva de naturaleza hermenéutica, modelo que por sí mismo tiene calidad para resolver con sus diagnósticos el carácter apofántico de los mismos, sin que sea preciso recurrir a modelos experimentales o cercanos a éstos.

Ha de tenerse en cuenta, por tanto, cuando se plantea el tema de la validación de los conocimientos psicoanalíticos, que ha de recurrirse (por la inconmensurabilidad de los sistemas teóricos y de sus métodos) a los supuestos e instrumentos que el propio psicoanálisis propone. Por ello, al enfrentarnos a la contrastación de las conjeturas psicoanalíticas, históricas o exegéticas, ha de contarse con que el psicoanalista trabaja con hechos del pasado, por lo que las verificaciones y refutaciones han de centrarse en sus retrodicciones y no en genuinas predicciones. Una cuestión debilita sin duda esta labor científica: el psicoanalista ha de declarar habitualmente al sujeto su hipótesis histórica o exegética, lo que viene a alterar el curso espontáneo de los datos aportados por el analizado, en favor o en contra de la verificación, restando ello valor al saber conquistado.

2. LA INTERPRETACION COMO EXPLICACION Y COMO FACILITADORA DE LA AUTOCOMPRESION Y DEL CAMBIO CONDUCTUAL.

Tras lo expresado hasta aquí, es evidente que la interpretación es el instrumento clave del trabajo psicoanalítico en todas sus facetas, consistiendo en una suerte de traducción que permite captar la estructura y el significado últimos de los productos conductuales que transcurren por la esfera de lo manifiesto. En efecto, según apunta el término freudiano *Deutung*, interpretar es poner en un lenguaje otro lenguaje respetando el sentido del texto original, aun dándole el psicoanalista en cuestión un matiz más o menos personal, al igual que hace un director de orquesta con la partitura del autor (Anzieu y Anzieu, 1977).

Sea como fuere, la interpretación psicoanalítica, como ha escrito Laplanche (1968), parte de la certeza de que existen dos textos, el que el sujeto aporta en forma consciente y el que subyace a nivel inconsciente. Por ello, el psicoanalista ha de dismantelar, por así decir, la organización del texto manifiesto para poder acceder al que late tras él. Aquí es de importancia capital recordar que en ello actúa un determinismo estructural, que obliga a contar con el contexto a la hora de la interpretación: por consiguiente, ésta sólo es oportuna en la continuidad del encuentro analítico, en el proceso que encauza el debido encuadre, recogiendo el mayor número posible de datos biográficos del analizado, de sus cadenas asociativas, de elementos no verbales de la comunicación, teniendo presente el momento en que se desenvuelve el proceso clínico y el estado metapsicológico del conflicto. Por tanto, sólo dentro del marco clínico y con una depurada técnica psicoanalítica es donde se propicia el trabajo interpretativo, así como cualquier tipo de validación.

La interpretación psicoanalítica, en todo caso, apunta a dos objetivos íntimamente ligados, como antes de ha insinuado: explicar la conducta humana, por un lado, y favorecer la autocomprensión, con la subsiguiente puesta en marcha de cambios positivos en el carácter y en el comportamiento de un determinado sujeto, por otro.

A) Respecto al tema explicativo, la interpretación psicoanalítica plantea serias cuestiones epistemológicas, muchas de ellas abiertas a la discusión. En un intento de dar algunos pasos en este debate, puede partirse del aserto que mantiene que la interpretación analítica es un acto de conocimiento que nace de una serie de supuestos teóricos para dar cuenta de ciertos hechos empíricos referidos al comportamiento humano: la interpretación psicoanalítica es, como dice Klimovsky (1986), una proposición o sentencia decla-

rativa que puede ser acertada o equivocada. Al efectuar una interpretación, el psicoanalista acepta que el contenido empírico que registra está ocasionado por unos determinantes inconscientes, sin que con ello mantenga que entre ambos se den correlaciones o contingencias, sino unas peculiares conexiones que la teoría y la hermenéutica psicoanalíticas enseñan a desvelar. Cuando se interpreta psicoanalíticamente no se está describiendo ni correlacionando, ni se está colocando un hecho descriptivo en otro hecho descriptivo, sino que se está trascendiendo del dato empírico al dato teórico, de lo objetivo a lo subjetivo, incluso de lo físico a lo psicológico. Esclarecer cómo se lleva esto a cabo es desenredar el meollo epistemológico del saber psicoanalítico.

En tal sentido hemos de decir que en la investigación científica existen diversos procedimientos para tener acceso a lo que no es directamente cognoscible u observable, siendo imprescindible en ello contar con un determinado cuerpo teórico y con las oportunas reglas de correspondencia entre tales construcciones teóricas y los hechos cognoscibles (sensibles o no), gracias a lo cual puede irse más allá de lo descriptivo o de lo puramente especulativo. En cuanto al quehacer psicoanalítico, el acto de conocimiento dado por la interpretación puede tener su sostén en una estrategia inductiva o en una estrategia deductiva, como antes se ha dicho. En el primer supuesto, estaríamos accediendo a una explicación consistente en una especie de "lectura" de los hechos observados, contando con el código de la teoría psicoanalítica y con la regla de correspondencia que mantiene "si A, entonces B": ello implica que si registramos un elemento determinado en la conducta manifiesta ("A"), esto viene vinculado teóricamente a la presencia latente (inconsciente) de "B". Aquí puede ser objeto de discusión una cuestión lógica inserta en la regla de correspondencia: hasta qué punto lo manifiesto es condición suficiente para inducir lo latente y hasta qué punto esto último es condición necesaria para determinar lo manifiesto, lo que posee todas las posibilidades de error que se quieran, pero que es algo epistemológicamente asumible.

Pero la legalidad más profunda y consistente la aporta la estrategia deductiva, que desemboca en una explicación más robusta que la anterior: partiendo del cuerpo teórico establecido, la regla de correspondencia que guía la interpretación es la que sostiene "si B, entonces A", esto es, conjeturado un cierto componente inconsciente o latente ("B") (construcción que surge de ciertos indicios observados), ello se estima condición suficiente para la determinación de un concreto material manifiesto ("A"), que sería condición necesaria. Es evidente que la lógica no garantiza nada acerca de lo que ocurra si se parte de hipótesis erróneas o equivocadas, pues sabemos que incluso en estos casos pueden derivarse consecuencias verdaderas, que en modo alguno validan las conjeturas en juego. Este problema quizás adquiere en el campo del saber psicoanalítico mayor agudeza que en otros, dado que el sujeto puede verse influenciado por las circunstancias implícitas en el encuentro clínico, sobre todo por el hecho de la transferencia y por la necesidad de darle a conocer el contenido de las hipótesis puestas a prueba.

B) En cuanto al carácter autocomprensivo y terapéutico de la interpretación, acoge la tarea semántica implícita en ella, gracias a la cual el analizado puede ir alcanzando los "insights" necesarios para un cambio positivo en su conducta, tras la adecuada modificación del estado del conflicto intrapsíquico.

En este plano nos enfrentamos con lo que podríamos llamar la semiótica psicoanalítica, saber en desarrollo que tiene que ver con la función simbólica o de signo que está contenida en los más variados actos humanos, en donde hay que contar no sólo con influencias estrictamente individuales, sino también culturales e incluso filogenéticas. Todo ello aboca en el carácter altamente probabilístico de la semántica de la conducta humana, con una cobertura epistemológica laxa y contestable desde posicionamientos

científicos más maduros. Pero esto no quiere decir que el trabajo hermenéutico psicoanalítico sea una actividad intuitiva o azarosa, puesto que viene sostenida por una abundantísima casuística, que se transmite por las vías institucionalizadas por la ciencia, así como por las oportunas contrastaciones propias del sistema psicoanalítico.

Otro tema a señalar es el que acoge la validación de los cambios que ocasiona el psicoanálisis en la conducta, cuestión tecnológica que ha de plantearse según criterios específicos, los cuales ciertamente no garantizan la validez del saber teórico, pero suponen una garantía de la praxis. Baste decir al respecto que múltiples trabajos, desde los que emanaron del Proyecto Menninger hasta los recientemente publicados en el campo de la psicoterapia dinámica breve, han mostrado la utilidad y eficacia del psicoanálisis como técnica de intervención terapéutica, siendo, pues, algo que ya apenas se presta a discusión.

En resumen, la condición científica del psicoanálisis ha de plantearse y discutirse en el campo histórico-hermenéutico, en base a las propias construcciones teóricas y metodológicas. Cualquier otro abordaje violenta la esencia del saber psicoanalítico.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS.

- ANZIEU, A. y ANZIEU, D. (1977).. *La interpretación en primera persona*, en L. Grinberg (dir.), *Prácticas psicoanalíticas comparadas*. Buenos Aires: Paidós, 17-26.
- CAPARROS, A. (1979).. *Introducción histórica a la psicología*. Barcelona: Rol.
- GIBSON, Q. (1959). *La lógica de la investigación social*. Madrid: Tecnos, 1982.
- HABERMAS, J. (1965).. *Conocimiento e interés*. Madrid: Tecnos, 1982.
- KLIMOVSKY, G. (1986). Aspectos epistemológicos de la interpretación psicoanalítica, en R. H. Etchegoyen, *Los fundamentos de la técnica psicoanalítica*. Buenos Aires: Amorrortu, 433-456.
- LAPLANCHE, J. (1967). La defensa y lo prohibido en la cura y la condición psicoanalítica del hombre, en *Interpretar (con) Freud y otros ensayos*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1978.
- (1968)..: *Interpretar (con) Freud y otros ensayos*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1978.
- LORENZER, A. (1970): *El lenguaje destruido y la reconstrucción psicoanalítica*. Barcelona: Kairós, 1974.
- MANNONI, O. (1971): *Sigmund Freud in Selbstzeugnissen und Bilddokumenten*. Reinbek: Rowahlt
- RICOEUR, P. (1965): *Freud: una interpretación de la cultura*. México: Siglo XXI, 1975